

Juan



Cuando alguien llega a ser conocido tan solo por su nombre de pila, es que ha alcanzado un muy notable grado de popularidad. Francisco (el Papa), Cristiano (Ronaldo), Felipe (González), Raphael (cantante), etc. son solo algunos ejemplos. En el mundo de la ortodoncia española, Juan ha sido siempre, es y será por mucho tiempo Juan Canut.

Juan ha fallecido recientemente y nos ha dejado huérfanos de su saber, su gran personalidad, su gran visión de futuro y su amistad. Al releer sus libros (*El paciente de ortodoncia* y *Los ortodoncistas*) y sus sentidas palabras en el libro que se editó con motivo de su homenaje, me ha parecido escucharlo de viva voz, con su brillante oratoria, su amplitud de criterio y su gran capacidad de síntesis. A todos cuantos quieran conocerle mejor o recordarle más vivamente les recomiendo leer sus palabras en dichas obras.

Juan fue un gran ortodoncista, un gran profesional, una gran persona y un gran amigo.

En su faceta clínica, buscó desde sus principios la excelencia y máxima sencillez en sus tratamientos, practicando cuantas técnicas y procedimientos novedosos iban apareciendo y poniéndolos con gran generosidad al alcance de cuantos se interesaban en ellos. Además, obtuvo sus excelentes resultados clínicos sin aspavientos ni alharacas, sino con modestia y rigurosidad.

Sus conceptos clínicos, la excelencia de sus tratamientos y su riguroso respeto al paciente los expuso multitud de veces en cuantos congresos y reuniones participó. Seguramente, su actividad como conferenciante es de las más dilatadas de la profesión. Apenas se puede encontrar una reunión científica en la que no participase activamente.

A diferencia de muchos compañeros de profesión, fue también un prolífico escritor. Cada día escribía como mínimo unos párrafos, frecuentemente de ortodoncia, pero no solo en su faceta clínica, sino a menudo de las relaciones entre paciente y profesional, relaciones interprofesionales, psicología de la práctica clínica, etc., como se pone brillantemente de manifiesto en sus obras mencionadas anteriormente. También fue asiduo colaborador de muchas revistas profesionales (*Revista Española de Estomatología*, *Boletín Colegial*, *Ortodoncia Española*, entre otras) pero, de modo muy especial, escribió en esta, en la *Revista Española de Ortodoncia* (REO). Su colaboración comenzó en el primer número, en 1971, en una sección titulada «La ortodoncia por dentro», y se prolongó durante muchos años de modo casi ininterrumpido hasta 1996, con los nombres de «Panorama de la ortodoncia» y «Panorama profesional», pero en realidad se trataba de «la página de opinión» de la REO, que siempre fue muy apreciada por los lectores y que con frecuencia era lo primero que leían.

Juan fue un gran profesional y un enamorado de su profesión, que siempre se dedicó a difundir, promover y enaltecer. Hijo de odontólogo, padre, hermano y tío de ortodoncistas que llevan su apellido, durante toda su fecunda vida colaboró en diversas actividades en su colegio profesional, en las sociedades científicas, en las revistas odontológicas y ortodóncicas, en la creación de sociedades, en la organización de cursos, congresos y reuniones...; en fin, en todo cuanto pudiera contribuir al desarrollo y difusión de la ortodoncia en España.

Pero no es solo su gran valía como ortodoncista y su gran tarea como impulsor y difusor de la ortodoncia en España lo único que quiero recordar en estas líneas, sino que también deseo resaltar su personalidad más cercana, más íntima.

Juan era una persona cautivadora por su vitalidad y simpatía, y no dejaba indiferente a nadie que se acercase a él. Ávido lector de revistas, libros y periódicos, siempre estaba al día de las últimas tendencias y novedades en literatura, política, música, moda, deporte y otras muchas facetas de la vida actual.

Pero no solo leía y se informaba, sino que también transmitía su saber. Gran conversador y orador, ya era portavoz de su clase en la segunda enseñanza, y en sus ratos de ocio y vida familiar siempre contribuía activamente a cualquier conversación, exponía sus ideas y casi sin darte cuenta te convencía de que sus ideas eran también las tuyas.

En cuanto a mi relación con él, puedo afirmar que para mí fue primero maestro, luego compañero y colega y, siempre y sobre todo, un amigo.

Conocí a Juan cuando yo aún no era ni siquiera estudiante de Estomatología, y lo traté hasta después de mi jubilación, es decir, alrededor de 50 años, de modo que puedo decir que me distinguió con su amistad, de lo cual me enorgullezco.

Cuando yo aún era estudiante de Estomatología, me invitaba un día por semana a cenar en su casa, junto con sus hijos pequeños, y me trataba como uno más. Posteriormente, me introdujo en la ortodoncia fija, me presentó a los grandes (Steiner, Boone, Ricketts, Begg, etc.) y me aconsejó viajes, cursos y lecturas.

Compartí con él cenas, banquetes, congresos, conferencias, viajes, pacientes, amistades y multitud de actividades profesionales y de ocio.

En las muchas horas de conversación con él creo haber llegado a conocer su amor por la profesión y su concepto de la vida profesional. Sentía un gran amor por sus maestros y por la profesión que tantas satisfacciones le daba, y sentía la obligación, autoimpuesta, de hacer por otros lo que otros habían hecho por él.

Ojalá ese concepto de dedicación profesional le sobreviviera y, de las jóvenes generaciones, haya quien recoja el testigo con su misma dedicación, pasión y éxito.

Gracias por todo Juan.

Descansa en paz.

ARTURO COSTA